

Talavante: de cero a cien



Paco Aguado

“Sobre las evidencias, Talavante parece haber encontrado ya su más alto rumbo definitivo, ganando en hondura lo que pierde en verticalidad, y superando así bilis, largues y sospechas”



Foto: Joaquín Arjona

La máxima aceleración en el toreo. No delante del toro, que ahí se temple y rebaja sus pulsaciones a medida que se va pasando los pitones más cerca del bordado. Máxima aceleración ha sido la de su despegue como figura. Si la medida de un coche es pasar de

cero a cien kilómetros en segundos, el récord torero de nuestros días lo ostenta Alejandro Talavante, que ha pasado de la nada al todo en apenas once meses.

Era casi un desconocido cuando arrancaba el paseíllo aquel día de mayo del año pasado en Las Ventas, esa tarde de San Isidro en la que –con el precedente casi secreto de su anterior presentación en Madrid– se reveló al mundo como novillero sin necesitar de la espada. Once meses después, en la última semana de abril del 2007, ese chaval de Badajoz se ha situado a codazos en la primera fila, logrando abrir en el intervalo exacto de quince días las dos puertas más grandes del toreo. De cero a cien, y lo que queda.

Es difícil encontrar precedentes a esta explosión en figura de un joven de diecinueve años, salvo que volvamos la vista a algunos casos excepcionales de los años 50, cuando la gente buscaba ídolos con urgencia y el toro exigía menos capacidad técnica que el actual para que los tendidos se pusieran en pie.

Hace un año exacto, **Talavante** estaba en reposo. Con un motor potente, pero mal aprovechado en un rodaje por carreteras comarcas del que su chasis salió afectado con una grave lesión. Pero a esas alturas **Antonio Corbacho** ya le había llevado a su taller

de La Alcornocosa para hacerle una puesta a punto digna de un “fórmula 1”. No quemó al torero en carreras menores o engañosas autopistas de peaje, ni le hizo pisar el acelerador antes de tiempo, sino que fueron muchas las pruebas en circuito cerrado, y decenas los toros que mató en el campo, en un test detallado que consiguió las mejores prestaciones de ese potente engranaje que se ha situado en la “pole position” del toreo actual.

Desde aquel no tan lejano arranque isidril a estas victorias en los grandes premios del circuito, **Talavante** ha sido sembrando el asfalto de asombro, dudas, envidia, admiración y odio, casi en la misma proporción. Le ha sobrado, tal vez, buscar similitudes de color con otras escuderías legendarias, y también ciertas declaraciones, meditadas o espontáneas, inocentes o provocadoras, que aún no acepta ese mundo de niños buenos, monocorde e hipócrita, en que algunos quieren convertir lo que siempre fue una jungla de escasa piedad. En ese ambiente no caen bien ni el torero ni el mentor, que se han compenetrado perfectamente en su papel de aparentes “outsiders” de la Fiesta, pero también en la búsqueda de un objetivo primordial: mandar en el toreo.

Velocidad de crucero

El factor sorpresa jugó a su favor en un primer momento, pero a medida que **Talavante** contradecía las negativas predicciones de muchos augures –desde **Guerrita** con **Belmonte**, siempre hubo aquí clamorosos perdedores de apuestas–, se extendió en torno al descarado aspirante una declaración inquina que, en contraste con su tirón taquillero, esperaba un pronto y demoledor derrumbe del considerado como plagiario.

Pero el motor de pacense funcionaba con su propia energía. A falta sólo de algunos ajustes que corrigieran los fallos de otoño e invierno, su mecánica comenzó a calentarse en marzo, desatando el inmenso valor del torero, que se mostró claramente en la manera de montarse encima de su segundo toro de Olivenza. Después llegaron los éxitos de Fallas y Madrid, aunque para lograrlos ciertas carencias de expresión pudieron primar quizá sobre la auténtica virtud de **Talavante**: la intensidad, esa que tantas tardes se echa en falta y que, reflejada en tandas de más de cuatro mulatazos, divide numéricamente y por encima de calidades la frontera entre los buenos toreros y las auténticas figuras.

Ahora, despojado ya de manierismos y sin pegatinas de marca en la carrocería, **Talavante** ha puesto en Sevilla la velocidad de crucero de la regularidad, del triunfo a golpe cantado. Y, sobre las evidencias, parece haber encontrado ya su más alto rumbo definitivo, ganando en hondura lo que pierde en verticalidad, mejor en las curvas que en las rectas, superando así bilis, largues y sospechas, como el AVE entre Sevilla y Madrid deja atrás los postes de alta tensión.

Y, a la vez, el toreo empieza a devolverle a **Corbacho** parte de lo mucho de lo que este loco tan cuerdo le ha dado en los últimos tiempos. ●